

LOS BARBIJOS

SIGUEN RECLAMANDO

Crónica de la XXVIII de la Semana de la Memoria

POR Micaela Soledad Raffo

El miércoles 23 de marzo al mediodía me acerqué a la facultad, donde se realizó un encuentro previo a la marcha del 24 de marzo. Un 24 de marzo que no iba a ser una marcha más. Era la primera después de dos años de encierro y de solo encontrarnos a través de una aplicación del celular o de una computadora, donde las diferencias sociales se reflejaban por las complicaciones que había con internet, diferencias que en ese momento no se visualizaban, y que quedan temporalmente de lado en el contexto de esta marcha.

El silencio del patio durante gran parte de estos dos años se vio desplazado, con el correr de los minutos, por la llegada del alegre bullicio de las agrupaciones estudiantiles, que a pesar de sus diferencias ideológicas y políticas ese día estaban compartiendo un espacio colectivo. La música de rock nacional de fondo de la época estudiantes y docentes que estaban haciendo una intervención de pintadas de pañuelos blancos con diferentes insignias y proclamas. Mientras compartían charlas y barbijos de por medio. Un síntoma de la nueva normalidad que sigue signado por el reclamo de Memoria, Verdad y Justicia.

En el medio del patio, colgados en el primer piso había un cartel con la consigna “la voz del pueblo y la calle a la Universidad” que coronaba toda

la escena junto con la Wiphala, bandera y símbolo de lucha de los pueblos originarios. Esta frase me pareció muy reflexiva ya que, aunque estuvimos tanto tiempo en confinamiento y sin poder salir a las calles, la consigna sigue intacta con el mismo espíritu que siempre nos caracterizó en Trabajo Social.

Conversando con algunas compañeras, tocamos el tema de los cuerpos. Los cuerpos que los militantes de los años setenta pusieron, luchando contra la dictadura y por un mundo más justo. Los cuerpos de los soldados de Malvinas, luchando por la Soberanía. Con todas las diferencias del caso, son nuestros cuerpos juntándose después de dos años para volver a elevar sus voces, con el grito de “Nunca Más”. Son los mismos gritos en diferentes épocas reclamando por demandas sociales, a pesar de los cuarenta y seis años que pasaron del último golpe cívico-militar y el inexorable paso del tiempo que hace que las filas de los sobrevivientes se vayan achicando y de los herederos se vayan agrandando, pero que nunca los han podido callar.

Recuerdo mis primeros años transitando los espacios de la facultad, donde nos transmitían y nos enseñaban, tanto compañerxs como docentes, que el predio fue en la última dictadura un ex distrito militar; y que en Democracia se lo recuperó para ser lo que es hoy, la facultad de Trabajo Social. En la charla con estas compañeras me di cuenta que desconocían la historia porque entraron a la carrera en el primer año de pandemia, y eso me dio a entender que habitar los espacios es sumamente importante para los cuerpos y la historia.

Espacios signados, en la ciudad de La Plata, por las marcas de la historia en cada esquina, en las casas que aún conservan los restos de la represión, en los agujeros de las balas del Terrorismo de Estado. Con las compañeras discutíamos esto, viendo la importancia de transformar espacios de tragedia, como la facultad/ex distrito militar, en la construcción de Memoria, Verdad y Justicia. Mientras tanto, de fondo sonaban los cánticos de las agrupaciones, con una canción de Spinetta coronando el momento.

La Memoria también se construye en colectivo, hablábamos con las compañeras, mientras una de ellas comentaba que sus familiares vivieron en La Plata durante la dictadura y que un ser querido suyo estuvo implicado en el conflicto bélico de 1982. En este marco, en el debate y la discusión, uno de los principales pilares de esta democracia que tanta sangre y dolor costó recuperar, los pañuelos blancos permiten reencontrarnos desde las 10 de la

mañana, invitándonos al habla y a ejercer el uso de la palabra, ya no detrás de una pantalla y con un micrófono tachado abajo a la izquierda de la pantalla. Solo los barbijos pueden camuflar, en parte, las sonrisas por los reencuentros y las expresiones encendidas de los debates que volvieron a ocupar los espacios de la facultad.

Uno de los debates que se plasmó fuerte ese día, fue sobre el número de lxs desaparecidxs. No solo fueron 30000, sino 30400, resaltando una de las tantas deudas de la democracia para con la población LGBTIQ+. Lxs desaparecidxs en democracia, por los que se sigue pidiendo su aparición con vida a la par de los 30000, de los cuales ambos el Estado es responsable, es una de las posturas que primó en ese bullicioso y colorido patio.

Minutos antes de las 13 hs, salimos de 9 y 63 hacía 7 y 50, encolumnadxs en una marea de infinitos colores, rostros y cuerpos, detrás de la bandera de la Facultad de Trabajo Social y de la comunidad LGBTIQ+. Detrás, la facultad quedaba vacía, solo el buffet rompía con la soledad del edificio, previamente habilitado por multitudes de cuerpxs diversos, que dejaron atrás, por unas cuantas horas, los silencios de la pandemia y los asépticos encuentros de la virtualidad para volver a fundirnos en un solo grito, en una sola voz.

